

Who I am

Pete Townshend

Who I am

Pete Townshend

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Primer acto
Música de guerra

You didn't hear it.
You didn't see it.
You won't say nothing to no one.
Never tell a soul
What you know is the truth

1921 (1969)

[No lo oíste./No lo viste./No dirás nada a nadie./
No cuentes a nadie/que es verdad lo que sabes.]

Don't cry
Don't raise your eye
It's only teenage wasteland

BABA O'RILEY (1971)

[No llores,/no levantes la vista./
Sólo es el yermo adolescente.]

And I'm sure — I'll never know war

I'VE KNOWN NO WAR (1983)

[Estoy seguro: no voy a conocer la guerra.]

Yo estuve

Es fabuloso, mágico, surrealista, verlos bailar a todos ante la reverberación de mis solos de guitarra: entre el público, mis amigotes de la escuela de arte se ven algo envarados rodeados de desgarbados mods del norte y del oeste de Londres, esa hueste de adolescentes que ha llegado a horcajadas de sus fabulosas vespas, colgados de anfetás, con buenos zapatos y el pelo corto. No puedo decir lo que pasa por las cabezas de mis compañeros de grupo, Roger Daltrey, Keith Moon o John Entwistle. Incluso en medio de la banda, me suelo sentir algo solo, pero esta noche de junio de 1964, en el primer concierto de los Who en el Railway Hotel de Harrow, Londres Oeste, me siento invencible.

Tocamos R&B: «Smokestack Lightning», «I'm a Man», «Road Runner», y otros clásicos con garra. Ante el micrófono, sigo rasgando sin parar la aullante guitarra Rickenbacker, luego le doy al interruptor que instalé para que chisporrotee y acribille la primera fila con ráfagas de sonido. La arrojo al aire con violencia y siento un estremecimiento repentino mientras el sonido se degrada de un rugido a un estertor: miro hacia arriba y veo el cuerpo fracturado de la guitarra, mientras la extraigo del agujero practicado en el techo bajo.

En ese momento tomo una decisión repentina, y en un frenesí demente vuelvo a arrojar una y otra vez la guitarra contra el techo. Lo que antes era una simple fractura, ahora es un astillado estro-picio. Sostengo la guitarra ante el gentío con gesto triunfal. No la he machacado: la he esculpido para ellos. Despreocupado, arrojo la guitarra hecha añicos al suelo, agarro una Rickenbacker nueva de doce cuerdas y prosigo el espectáculo.

Aquel martes por la noche di con algo más potente que las palabras, algo más emotivo que mis tentativas de chico blanco por tocar blues. Y como respuesta recibí la unánime aclamación del público. Algo así como una semana más tarde, en el mismo local, me quedé sin guitarras y derribé la pila de amplificadores Marshall. Poco amigo de quedar en segundo plano, Keith Moon se sumó a la fiesta pateando su batería. Roger empezó a raspar el micrófono contra los platillos quebrados de Keith. Algunas personas contemplaron la destrucción como un ardid publicitario, pero yo sabía que el mundo estaba cambiando y estábamos mandando un mensaje. La vieja manera, convencional, de hacer música ya nunca iba a ser la misma.

Cuando despedacé la guitarra por primera vez, no tenía ni idea de adónde me llevaría aquello, pero sabía de dónde venía. Como hijo de un clarinetista y saxofonista de los Squadronaires, la prototípica banda británica de swing, yo había mamado cariño por aquella música; un amor que iba a traicionar por una pasión nueva: el rock'n'roll, la música que llegó para destruir aquella.

Soy británico. Londinense. Nací en Londres Oeste justo cuando la devastadora Segunda Guerra Mundial estaba por concluir. Como artista en activo, estos tres factores me han condicionado significativamente, del mismo modo en que las vidas de mis abuelos y de mis padres se vieron condicionadas por las tinieblas de la contienda. Crecí en un periodo en que la contienda seguía arrojando sombras, aunque el paisaje cambiaba de manera tan imprevista en mi vida que era imposible saber qué me esperaba. La contienda había sido una amenaza real, o un hecho, para tres generaciones de mi familia.

En 1945 la música popular tenía una finalidad seria: vencer el trauma de la posguerra y revitalizar las esperanzas e ilusiones de un pueblo exhausto. Mi infancia estuvo impregnada del sentido del misterio y de la ternura propios de la música de mi padre, tan importante para él y para mamá que parecía su centro del universo.

Había risas y optimismo, la guerra había terminado. La música que tocaba papá se llamaba swing. Era lo que la gente quería escuchar. Yo estuve allí.

¡Es un niño!

Acabo de nacer, la guerra ha terminado, pero no del todo.

—¡Es un niño! —grita alguien desde las candilejas.

Pero mi padre sigue tocando.

Soy un niño de la guerra a pesar de que nunca la he conocido: nací en una familia de músicos el 19 de mayo de 1945, dos semanas después del Día de la Victoria en Europa y cuatro meses antes de que la derrota de Japón diera por acabada la Segunda Guerra Mundial. Con todo, la guerra y sus ecos sincopados —las bocinas, saxofones, las big bands, los refugios antiaéreos, los cohetes V2, los violines y clarinetes y Messerschmitts, las nanas al estilo de «Mood Indigo» y las serenatas tipo «Satin Doll», los gemidos, bombardeos, sirenas, estruendos y estallidos— me distraen, acompañan y ajetrean mientras sigo en el útero materno.

Dos recuerdos perviven como sueños que, una vez recordados, no se olvidan jamás.

Tengo dos años y voy en el piso superior de un viejo tranvía al que mamá y yo hemos montado en lo alto de Acton Hill, en Londres Oeste. El tranvía rueda y veo pasar lo que será mi futuro: la tienda de material eléctrico donde saldrá a la venta el primer disco de papá, en 1955; la comisaría de policía donde iré a recuperar mi bicicleta robada, la ferretería que me cautiva con sus miles de cajones perfectamente etiquetados, el Odeon donde los sábados asistiré a parranderas matiné de cine con los amigos; St. Mary's Church donde, en unos años, cantaré himnos anglicanos en el coro mientras observo a cientos de parroquianos que reciben la comunión, algo que yo evito hacer; el pub White Hart donde pillo mi primera auténtica cogorza en 1962, después del bolo semanal con la banda escolar de rock llamada los Detours, embrión de los futuros Who.

Ya soy algo mayor, han pasado tres meses desde mi segundo cumpleaños. Es el verano de 1947 y estoy en la playa en un día soleado. Soy demasiado pequeño para andar por ahí, pero estoy sentado en una toalla disfrutando de los olores y los sonidos: aire marino, arena, la brisa, el murmullo de las olas en la orilla. Mis padres van montados a caballo, como árabes, salpicando arena por doquier, saludan risueños y se alejan de nuevo. Son jóvenes, glamorosos, guapos, y su desaparición es como el desafío de un grial escurridizo.

El padre de papá, Horace Townshend (conocido como Horry), se quedó calvo prematuramente a los treinta años, pero seguía resultando llamativo con su perfil aguileño y sus gafas de montura gruesa. Horry, un músico y compositor semiprofesional, escribía canciones y actuaba en veladas veraniegas junto al mar, en parques y en auditorios, durante los años veinte. Flautista dotado, sabía leer y escribir música, pero, como amante de la vida fácil, nunca ganó mucho dinero.

Horry conoció a la abuela Dorothy en 1908. Trabajaron juntos en el negocio del espectáculo y se casaron dos años después, cuando Dot estaba de ocho meses de su primer hijo, Jack. El tío Jack recuerda una ocasión en que, siendo niño, sus padres tocaban en el muelle de Brighton, mientras él los observaba de cerca. Una gran dama se acercó, apreció su empeño y arrojó un chelín en el sombrero.

—¿Por qué buena causa recaudan dinero? —preguntó.

—Por nosotros —dijo Dot.

Dot era atractiva y elegante. Cantante y bailarina, era capaz de leer música, actuaba en fiestas, en ocasiones junto a Horry, y luego le ayudó en sus tareas de composición. Era jovial y optimista, aunque algo vanidosa y snob. Entre una actuación y otra, Horry y Dot concibieron a mi padre, Clifford Blandford Townshend, que nació en 1917, e iba a ser ahora el compañero de su hermano mayor Jack.

Los padres de mi madre, Denny y Maurice, vivieron en Paddington durante la primera infancia de mamá. Aunque obsesiva con la limpieza, Denny no era muy atenta como niñera. Mamá se acuerda de asomarse, colgando, de la ventana del piso de arriba con su hermano pequeño, Maurice Jr., mientras saludaban a su padre que pasaba al volante de la camioneta de la leche. El pequeñajo casi se precipitó a la calle.

El abuelo Maurice era un hombre tierno al que Denny dejó cruelmente plantado —después de once años de matrimonio— cuando huyó de improviso con un hombre rico que la mantuvo como amante. Aquel día, mamá llegó de la escuela y se encontró la casa vacía. Denny se había llevado todo el mobiliario salvo una cama, y había dejado sólo una nota sin dirección alguna. A Maurice le llevó varios años dar con la descarriada mujer, pero jamás se reconciliaron.

Maurice y los dos niños se mudaron a casa de la abuela paterna, Ellen. Mamá, que sólo tenía diez años, ayudaba a llevar la casa, y cayó bajo el influjo de su abuela irlandesa. Se avergonzaba de la madre que los había abandonado, pero estaba orgullosa de la abuela Ellen, que le enseñó a modular la voz para mejorar el dejo irlandés. De hecho, desarrolló la capacidad de imitar varios acentos, y mostró una temprana aptitud para la música.

Ya de adolescente, mamá se mudó con su tía materna Rose a Londres Norte. Recuerdo a Rose como una mujer extraordinaria, segura de sí misma, inteligente, leída; era lesbiana, y convivió discreta pero abiertamente con su compañera.

Al igual que yo, papá fue un adolescente rebelde. Antes de la guerra, él y su mejor amigo formaron parte de los camisas negras fascistas de Oswald Mosley. Con el tiempo, naturalmente, se avergonzó de ello, pero se perdonó a sí mismo: eran jóvenes, y aquellos uniformes les parecían glamurosos. En lugar de limitarse a los estudios para clarinete de Prokófiev, con los que se debatía brillantemente dos

horas cada mañana, a los dieciséis optó por tocar en fiestas que eran un poco el equivalente inglés de la velada clandestina americana. Eran bolos que exigían más bien poco a sus dotadas aptitudes musicales. Técnicamente, su capacidad siempre estuvo muy por encima de la música que interpretaba.

En unos años, papá ya solía actuar por todo Londres con Billy Wiltshire y su Piccadilly Band; tocaban música para bailar o departir entre cócteles: «copeteo», según se conocía la actividad. En el intervalo entre dos guerras mundiales, la sofisticación, el glamour y cierta frivolidad solapaban un temor latente a la extinción. Las cuestiones importantes quedaban veladas bajo el humo del tabaco y el ritmo de la novedosa música popular. El sexo era, como suele suceder, el ingrediente que podía aplacar al corazón ansioso. Pero en la música de los tiempos de mi padre, la energía sexual era tácita más que explícita, celada tras la cultivada elegancia de hombres y mujeres en traje de noche.

La guerra y la música reunieron a mis padres. Papá se alistó en la RAF en 1940, y, como parte de sus tareas, tocaba el saxofón y el clarinete en pequeñas bandas para entretener a los colegas. En 1945 tocaba en la RAF Dance Orchestra, una de las mayores de todos los cuerpos armados. Formada por soldados que habían sido miembros de bandas ya conocidas y dirigida por el sargento Leslie Douglas, la RAF Dance Orchestra ha sido descrita como la mejor orquesta de baile que hubo jamás en Gran Bretaña. Y era, a su modo, revolucionaria. Su arma secreta era el swing, un estilo no enteramente aceptable por toda la sociedad, pero que el pueblo llano adoraba. Papá consiguió amarrar el trabajo porque el esposo de Vera Lynn, el saxofonista Harry Lewis, tenía miedo a volar a pesar de pertenecer a la RAF y no viajaría en avión hasta Alemania. Así, cuando un mensajero voceó desde las candilejas la nueva de mi nacimiento, papá estaba en Alemania, tocando el saxo para las tropas.

Mamá falseó su edad para enrolarse en 1941. Cantante dotada, pasaría a ser vocalista de la banda de papá. Según el programa de un concierto del 18 de junio de 1944 en Colston Hall, Bristol, mamá cantó aquel día «Star Eyes», «All My Life» (un dúo con el apuesto sargento Douglas) y «Do I Worry». Papá aparece como solista en «Clarinet Rhapsody» y «Hot and Anxious». Según el texto de la funda de un disco, la RAF Dance Orchestra educaba el oído del público: «Al pasar de la sensiblería a una música con garra, el ritmo adquiriría flexibilidad y, el solista, mayor autonomía expresiva.»

Al acabar la guerra, la banda decidió adoptar el nombre con que era conocida: los Squadronaires.

Según mamá, los primeros años de casada fueron solitarios. «Nunca veía a papá. Nunca estaba. Y cuando estaba, estaba al otro lado de la calle en el maldito White Lion o en el Granville». Hombre guapo y jovial, papá solía invitar a rondas en el bar y era popular en los pubs de la zona, donde su éxito musical lo convertía en una pequeña celebridad.

La soledad de mamá puede explicar el enojo que sintió ante la ausencia de mi padre durante mi nacimiento. Mamá, que había estado viviendo con los suegros, hizo visible su resentimiento mudándose a otra casa. Conocía a una pareja judía, Sammy y Leah Sharp, músicos australianos, que vivían con su hijo en una gran habitación, y mamá se fue conmigo a vivir con ellos. Leah se ocupó de mí. La verdad es que no la recuerdo, pero mamá la describía como «una de esas personas que adora bañar a los críos, sacarlos a pasear y toda esa mandanga». Mamá, con un interés menor por «toda esa mandanga», estaba agradecida por la ayuda, pues seguía trabajando como cantante.

En 1946 mis padres se reconciliaron, y nos mudamos a una casa en Whitehall Gardens, Acton. Entre nuestros vecinos estaban el

gran pianista ciego de jazz George Shearing y el caricaturista Alex Graham, cuyo estudio, con la mesa de dibujo regulable, enormes hojas de papel, tintas varias y complicadas plumas, me fascinaba hasta el punto de plantar la semilla que luego me inspiraría para acudir a la escuela de arte.

Compartíamos la casa con la familia Cass, que vivía arriba y que, como muchos de los mejores amigos de mis padres, eran judíos. Recuerdo algunas pascuas judías gozosas y alborotadas con gran cantidad de albóndigas de pescado, hígado picado y la lenta cocción de la carne. Cada familia tenía tres habitaciones, una cocina y un baño, pero sin letrina interior. La nuestra estaba en el patio trasero, y el papel higiénico consistía en unos cortes de papel de periódico colgados de un clavo. Entre el frío y las arañas, mis visitas allí siempre fueron breves.

Yo dormía en el comedor. Mis padres no parecían sentir la necesidad de procurarme un espacio propio donde poder dejar los juguetes o dibujos o donde no sintiera que estaba invadiendo territorio adulto. No tenía noción alguna de intimidación, ni siquiera conciencia de que la mereciese.

Mamá dejó de cantar y luego lo lamentó, pero nunca dejó de trabajar. Ayudaba en la gestión de los Squadronaires desde su oficina en Piccadilly Circus, y a menudo me llevaba de gira en el bus, donde yo me deleitaba ante la actitud despreocupada de la banda, al tiempo que controlaba las botellas vacías de cerveza. Nuestras salidas por carretera terminaban siempre en un pequeño hotel de la costa, en un campamento de vacaciones o en un teatro algo barroco, lleno de escaleras secretas y de pasajes subterráneos.

Charlie, que se encargaba del personal en ruta, solía ser el blanco de incontables bromas, pero era evidente que los Squadronaires lo adoraban. La influencia de mis padres sobre mí decaía un poco en presencia de la banda, que era como una cuadrilla

de chicarrones. Mamá era como la muñeca cantante residente. Y el talento musical de papá le otorgaba un estatus especial entre sus compañeros. Papá siempre trabajaba al menos una hora en las escalas y arpeggios, y su práctica matinal resultaba mágica por su complejidad. Hoy día, el lenguaje del rock es más simple. Él era rápido.

El campamento de vacaciones era una institución típicamente británica: un destino vacacional para la clase trabajadora con una semana de jolgorio veraniego, que a menudo incluía pasatiempos en forma de actuaciones como las de los Squadronaires. La disposición de los campamentos —una familia por cabaña— no parecía la más idónea para ilícitos escauceos sexuales. Pero si, en lugar de una familia, instalamos a un grupo de chicos en una cabaña y a un grupo de chicas en otra, las posibilidades son perfectamente imaginables.

En los campamentos existía un espíritu igualitario, pero yo siempre me sentí algo superior al común de los veraneantes que iban alternándose. Al fin y al cabo, yo estaba con la banda, y me quedaba durante todo el verano, algún año incluso durante dieciséis semanas enteras. Desde el telón de fondo, descubrí la magia de seducir a la concurrencia. Fui desarrollando cierto sentido de qué es lo que entretiene a la gente, y vi también el precio que eso exigía a veces. Como hazaña para distraer a la plebe del camping, cada tarde a las dos empujaban a mi padre a la piscina desde el trampolín más alto, completamente vestido con el uniforme de la banda. Luego salía del agua tocando su viejo clarinete, simulando un aire triste y derrotado. Siendo niño, la cosa me afligía bastante. Mi fantástico padre es humillado, solía pensar, para que la chusma campista se eche unas risas.

Aprendí a mantenerme apartado de aquella gente, los clientes que indirectamente pagaban nuestro sustento. Hasta hoy, cuando

asisto a un concierto en el que no debo actuar siempre me siento algo perdido. Y siempre pienso en mi padre.

En septiembre de 1949, con cuatro años, me apuntaron a la guardería Silverdale de Birch Grove, Acton, que quizá llamara la atención de mamá al pensar en lo mono que iba a estar yo con el uniforme escolar, un blazer rojo y una gorra. Mamá tenía un glamour natural, y cuando después de la guerra terminó el racionamiento de ropa, empezó a vestirse como una estrella de Hollywood. Su familia política no lo veía con buenos ojos. ¿Por qué se gastaba un dinero que tanto le costaba ganar a papá en ropa y en una escuela privada cuando debería estar empujando un cochecito?

Pero yo era feliz. Whitehall Gardens era una de las muchas calles repletas de niños de mi edad. Nuestra pandilla estaba capitaneada por mi mejor amigo, al que todos llamábamos Jimpy por un personaje de unas populares viñetas del *Daily Mirror* que llevaba un tupé parecido. Como todos los niños, jugábamos a fútbol, cricket, al escondite y a indios y vaqueros, nuestro juego favorito. Los juegos de guerra se limitaban a soldados y vehículos de juguete: la guerra seguía estando muy fresca en nuestra memoria.

Nuestras fantasías se inspiraban en películas que veíamos en sesiones matinales de sábado: Roy Rogers, Hopalong Cassidy, Flash Gordon, The Three Stooges, Charlie Chaplin, el Gordo y el Flaco, Looney Tunes, dibujos animados de Disney y demás. El Gordo y el Flaco eran los más graciosos del mundo. Chaplin me parecía algo anticuado, pero, en cualquier caso, casi todas las películas que veíamos eran de antes de la guerra.

Al salir de casa podíamos hacer prácticamente lo que se nos antojara. Nos colábamos por debajo de las vallas, nos metíamos en vías muertas, hurtábamos manzanas de los jardines de la gente, arrojábamos piedras a los patos, abríamos las puertas de los garajes (los coches eran una gran atracción), y seguíamos al lechero en su carro

tirado por un caballo hasta Gunnersbury Park, un paseo de ida y vuelta de unos dieciséis kilómetros.

Tanto Jimpy como yo teníamos triciclos y un día, con sólo cuatro años aún, fuimos los dos montados en el mío hasta el parque para tratar de marcar un nuevo récord cuesta abajo por el sendero que había frente a la casa señorial. Yo iba atrás y Jimpy maniobraba, pero el vehículo era inmanejable a esa velocidad y sólo pudimos seguir recto hasta estrellarnos contra una jardinera de ladrillo al pie de la cuesta. Acabamos con las caras metidas en la tierra, aturdidos y sangrando. El triciclo acabó tan mal que no pudimos volver en él. Y la nariz me sangró durante dos días.

En 1950, cuando cumplí cinco años, no acudí a la escuela primaria pública con mis amigos. Mamá, que me seguía viendo mono de uniforme, me mandó a la privada Beacon House, a un kilómetro y pico de casa. No conocía a ninguno de los niños de allí, no recuerdo a ninguno y lo odié casi todo desde el principio.

La escuela ocupaba una casa unifamiliar, y cada mañana nos reuníamos en una salita trasera a la que entrábamos al paso cantando «Onward Christian Soldiers» como un hatajo de comunistas chinos con el cerebro centrifugado. Después de un almuerzo incomible se suponía que debíamos sestear durante quince minutos en nuestros pupitres. Si movíamos un músculo nos regañaban, y movernos algo más que eso podía suponer cachetadas con la regla o cosas peores. Yo fui azotado con una vara en varias ocasiones, y también con las zapatillas de suela de goma del maestro.

En una ocasión me sentí tan humillado y herido que me quejé a mis padres. Hablaron con la directora, y ésta respondió dándome un trato particularmente cruel. Ahora ya ni se me permitía ir al baño durante el día, y a veces no podía evitar ensuciar me en el largo camino de vuelta a casa. Temiendo peores represalias escolares, ya no dije una palabra a mis padres. Iba a casa de Jimpy donde recibía

la comprensión —y calzoncillos limpios— que no podía encontrar en casa.

Fue por entonces cuando mamá empezó a llevarme a clases de ballet. Entré en una sala y vi a veinte niñas de pies alados, vestidas con tutús y riéndose de mí. Era uno de los pocos chicos del grupo. Un día en que me porté mal, la maestra me bajó las mallas, me hizo doblarme sobre el borde de la bañera y me zurró mientras las niñas se apiñaban atolondradas en la puerta del baño.

Disfrutaba de las clases de ballet, quizá de un modo perverso. Actualmente casi puedo considerarme un bailarín gracias a ellas. Aunque hasta hoy, ya con más de sesenta años, he tendido a arrastrarme desgarrado como un adolescente —una foto mía de juventud aparece en un libro sobre la técnica Alexander, como un ejemplo de andares post-adolescentes—, soy ligero de pies, y buena parte de mis aptitudes escénicas se basan en lo que aprendí en aquellas pocas clases de ballet. En cualquier caso, papá reveló su incomodidad porque su hijo acudiera a ballet, y mamá dejó de llevarme.

Hacia el final de la gira de verano de los Squadronaires, que era el periodo más ajetreado de la banda, mamá recibió una llamada de Rosie Bradley, una buena amiga del hermano de mi abuela Denny, mi tío abuelo Tom. Rosie vivía en Birchington, en una esquina frente al chalé de Denny, y últimamente había estado mandando a mi madre noticias cada vez más inquietantes acerca de la abuela.

En el verano de 1951, Denny se comportaba de modo estrafulario, y Rosie decía no saber si era debido a la menopausia. El señor Buss, el acaudalado amante de Denny, respondió mandando dinero. Rosie creyó oportuno que mamá acudiera y se ocupara del caso. También describió un paquete que Denny había recibido recientemente, y que la indujo a llamarla desde el otro lado de la calle: «¡Rosie, Rosie! ¡Ven a mirar esto!». En las cajas había cuatro vestidos de noche y dos abrigos de pieles, aunque Denny seguía saliendo

a la calle en plena noche ataviada con su bata. Rosie describía el comportamiento de la abuela como «bastante majareta».

Después de hablar con mis padres, Rosie persuadió al señor Buss para que le alquilara a Denny un piso de dos habitaciones que se hallaba encima de una papelería en Station Road, en Westgate. Mamá estaba preocupada. «Cliff —le dijo a papá—, creo que se está chalando. ¿Crees que Pete podría instalarse allí? Podría ir a esa pequeña escuela, St. Saviours. Eso quizá lo arreglaría.» Y por extraño que parezca, así es como me mandaron a Westgate a vivir con mi abuela, y así es como me adentré en la parte más oscura de mi vida.

Las costumbres domésticas de Denny eran estrictamente victorianas. El orden del día, suyo y mío, se disponía con precisión militar. Nos levantábamos antes de las seis y desayunábamos, una tostada para ella y cereales con té para mí; eso a menos que hubiera hecho algo malo, pues su castigo favorito era negarme el alimento. Sólo me concedía su afecto cuando mi comportamiento era intachable, perfectamente dócil, silencioso y estaba recién aseado; esto es, nunca. Era una pérfida bruja, y en ocasiones hasta me amenazaba con maldiciones gitanas. ¿En qué estaban pensando mis padres cuando decidieron mandarme a vivir con ella?

Cuando empecé en St. Saviours a los seis años, era de los últimos de la clase en leer y escribir. Para cuando terminé, estaba entre los primeros. Supongo que esta era la parte buena de vivir con Denny. Un día escribí una carta a la tía Rose, la hermana mayor de Denny, y ésta me la devolvió repleta de correcciones en rojo por mis errores ortográficos y gramaticales. La cosa me hirió; el caso es que la tía Rose le dijo a Denny que ya era mayorcito para leer y escribir tan mal, y le sugirió que me leyera la mitad de un libro de suspense, y que dejara la otra mitad para que lo terminara yo. Denny me leyó *Belleza negra* de Anna Sewell, y el plan funcionó. Atrapado no sólo

por la historia, sino por el curioso placer de que me leyeran, enseguida agarré el libro y lo terminé.

No recuerdo más libros de mi época con Denny. Una de mis escasas diversiones era jugar con los pomos de una cómoda, simulando que eran los controles de un submarino. También escuchaba *Charlie's Hour* en la radio: las aventuras de Toytown con Larry «el Cordero» y Dennis «el Dachshund» eran bastante buenas.

La estación de autobús estaba frente a nuestro piso. Denny solía llamar a los conductores por la ventana y los invitaba a subir para tomar una taza de té. En ocasiones, se lo llevaba o me mandaba a mí. Denny no tenía ningún problema en salir a la calle con su camisón debajo de la bata, y a mí no me importaba cruzar la calle en pijama para ofrecerle una taza de té al conductor, pero me asqueaba cuando me pedía que fuera algo más lejos, hasta el quiosquero o el tendero del barrio, pues entonces me cruzaba con adultos de camino al trabajo que me miraban con extrañeza.

Denny me levantaba a las cinco de la mañana, y envolvía luego algunos alimentos que había preparado la noche anterior, incluyendo algunos bizcochos en sus moldes de latón. Entonces nos dirigíamos a varios destinos que ya tenía decididos, y en los que habitualmente había oficiales de las Fuerzas Aéreas Americanas. Se daban breves intercambios: Denny pasaba un bocadillo o un bizcocho, pero nunca supe qué recibía a cambio. Recuerdo grandes y llamativos coches con las ventanillas medio bajadas. Recuerdo también vagamente a un hombre al que tenía que llamar «tío», que era sordo de un oído, y que a veces se quedaba a dormir en casa. Lucía un bigotito hitleriano.

Todo aquel asunto me dejó un poso de rabia y resentimiento. He pasado años en psicoterapia tratando de comprenderlo. En 1982, mi terapeuta me instó a que intentara adentrarme más a fondo en el recuerdo mediante la redacción de aquellos intercambios matinales. Me puse a escribir, y a medida que empezaba a describir uno de

los encuentros —el oficial de la Fuerza Aérea bajando la ventanilla, Denny que se acodaba—, recordé de pronto por vez primera que la puerta trasera del coche se abría. Empecé a temblar de manera incontrolable y ya no pude escribir más, ni recuerdo más. Mi memoria se bloqueó.

Nuestro piso se abría al rellano de la primera planta, y mi habitación nunca se cerraba con llave, que estaba siempre puesta por fuera. Las noches en que tenía miedo, corría hasta la habitación de Denny. Si estaba abierta, ella me ahuyentaba, y si estaba cerrada, simulaba dormir y no respondía. Aún hoy día sigo despertándome aterrado, sudando de miedo y temblando de rabia por el hecho de que mi puerta, ante el rellano, permaneciera sin cerrar por las noches. Era un crío, sólo tenía seis años, y cada noche me acostaba sintiéndome terriblemente vulnerable, solo y desprotegido.

Además de la terminal de autobuses, también podíamos ver la estación de tren. Yo adoraba contemplar las fabulosas locomotoras de vapor y fantaseaba con compartir el momento con un amigo, hermano, hermana, alguien. A menudo, mis pensamientos antes de quedarme dormido se centraban en la mera necesidad de cariño. Denny no me tocaba salvo para azotarme, restregarme brutalmente en la bañera o sumergir mi cabeza bajo el agua para aclarar el jabón. Una noche en que perdió los estribos, me sostuvo la cabeza bajo el agua un buen rato.

En St. Saviours había algunos chavales procedentes de la cercana base aérea americana. Un chico alto y desgarbado apareció un día en la escuela vestido con un vistoso traje de cloqué, que aún era de rigor en ciertas zonas de EE. UU. Parece que sus padres eran del todo ajenos al ridículo que aquello podía ocasionarle hasta que Robert, el hijo de Rosie Bradley, y yo lo escarnecimos hasta hacerle llorar, mientras su desolada madre lo acompañaba a casa. Haber tomado parte en aquella acción de acoso me sigue avergonzando hoy día.

El señor Matthews era el director de la escuela: gordo, de calvicie incipiente y falsamente jovial. La ventana de su despacho daba al patio, y su ritual favorito consistía en azotar con una vara a los niños en su escritorio ante las burlas de la chiquillada reunida afuera. En una ocasión acabé yo también en el escritorio, no recuerdo por qué. Me incliné sobre la mesa, encarado a la ventana, donde caras ávidas y ansiosas se disponían a recrearse con mi dolor. Para gran decepción suya, el director me dejó marchar.

Cuando mamá nos hacía una visita ocasional a Denny y a mí en Westgate, aparecía toda apresurada, con cierta aura de glamour londinense, aunque también de madre poco formal. Mientras tanto, Denny corría detrás de conductores y aviadores, y yo era infeliz. Había perdido a mis padres jóvenes y guapos por una vida de disciplina espartana con una mujer patética, desesperada por ver cómo se desvanecía su juventud. Los sentimientos de Denny hacia mí parecían vengativos, como lo parecía el abandono de mi madre. También se me antojaban vengativas las muertes o desapariciones de los hombres a quienes más quería: mi padre ausente y el recién fallecido Jorge VI. A la edad de siete años, parecía huérfano de amor y liderazgo.

En esa época mamá tuvo una aventura con otro hombre. Me recuerdo sentado en el asiento trasero de un Volkswagen Escarabajo, esperando en un cruce de Gunnersbury Avenue. Mamá me presenta al conductor, Dennis Bowman, y dice que significa mucho para ella: de hecho, va a ser mi nuevo padre.

—Me gustas más que mi otro papá —le digo al señor Bowman—. Tienes coche.

El coche es de color verde claro, el semáforo se pone verde... y yo le doy luz verde al señor Bowman.